

Jorge Barrón Feraudi



JORGE BARRON FERAUDI (1915 - 1976), nació en Uncía. Fue Periodista y Escritor. Prestigió a la Universidad de Oruro, consagrando su vida y enalteciendo la función de Secretario del Rectorado de esa Universidad. Selecto columnista del diario LA PATRIA con el seudónimo de NOLO NIEGUEZ y fundador de la revista satírica "El Mosquito"

En 1962 escribe su primer relato verídico "...y las entrañas se horadaban". En 1963 es ganador del concurso de Monografía de la Facultad de Ciencias Económicas. En 1970 publica su libro "Rescaldos de angustia", de cuentos y relatos, donde se destacan: "Los lagartos del tolar Sajamino", "Desde el barro dolorido", un drama chaqueño "Cruz postrimera en la picada" y un otro drama sobre la mujer deshonrada "Violación y castigo".

Los restos de este acucioso observador de los dramas humanos, de espíritu inquieto y cultivada personalidad literaria, descansan en el Mausoleo de Notables de Oruro.

De: Rescaldos de Angustia

Los lagartos del Tolar Sajamino

- Te espero mañana a las 8 para un viaje -me había dicho en la víspera la autoridad académica- estaba invitada a formar parte de una caravana oficial en visita y recorrido a la extensa provincia orureña de Carangas, que en ese tiempo tocaba la frontera chilena, abarcando lo que hoy son las provincias de Sajama, Sabaya y creo que alguna más que, aún así divididas, son mayores en tamaño que algunos países de Europa.

Ea uno de esos recorridos que suelen organizar las autoridades políticas de turno con una minuciosidad digna de mejor causa, para prodigarse en requiebros electoralistas, esfumarse de los deberes públicos para retozar y embarnar a costa del sacrificio de ingenuos pobladores que se despabilan recolectando cerdos, gallinas, ovejas, papas y cuanto producto selecto de la tierra pudieran almacenar para las pantagruélicas comilonas oficiales, y surtir también las despensas de los visitantes que en estos casos ofician siempre de "salvadores" de tal o cual provincia porque el slogan conocido es que por vez primera y con ellos, sólo con ellos llega a esa jurisdicción territorial la "revolución nacional".

Con gran bullicio y algazara y haciendo un recorrido previo por las calles y plaza principal, una columna de unos 20 carros entre jeeps, vagonetas, camionetas, etc., repletos de funcionarios y funcionarias (?), funcionables por supuesto, adictos a prefectos, alcaldes, comandos militar y de partido, etc., emprendió el recorrido cuya primera etapa era la lejana Huachacalla.

Nuestro vehículo - una camioneta casi nueva- era el último. Que salgan nomás esos bichos, me susurró mi escrupuloso invitante con la intención precisamente de permanecer discretamente alejado de la euforia oficial. Y aunque cueste creer, ello fue causa del terrible pánico que relatamos a continuación.

La caravana emprendió la ruta y se perdió en la inmensidad de "papel pampa". La mañana estaba un tanto fría y el cielo se mostraba entoldado de nubes blancas como en una mañana de nupcias celestiales. Nos detuvimos al final de una calle por Agua de Castilla donde una pizarrita anunciaba "fricase" y por cierto que podía percibirse un olorcito deliciosamente estimulante. Con un par de buenos platos y una cerveza, estábamos listos para incursionar tierra adentro, a casi más de una hora de retraso de la caravana. Lloviznaba un poco.

Y la pampa se extendía a nuestras vistas dándonos la sensación de un viaje al infinito. Un ronco zumbido de la máquina nos amodorraba un tanto en la contemplación del gris paisaje que no cambiaba pese a la velocidad que "in crescendo" le imprimía el chofer dándonos la impresión de no avanzar jamás. Dos, tres, cuatro horas de rugiente marcha siguiendo una arenosa huella que a medida que avanzábamos se hacía menos visible por efecto del viento y la llovizna. Poco después y al promediar la una de la tarde, un resplandeciente baño de sol

pintaba con colores de arco iris ese dombo azul maravilloso que es el cielo de los Urus.

Algunas casuchas moteaban la vasta llanura cuya humedad se evaporaba por la fuerte acción solar. En las vecindades trotaban juguetones unos borricos chatos con las crines alzadas y las colas tensas. Más allá, algunas esbeltas y gallardas llamas erguían la cabeza de orejas adornadas que parecían no ser ya "la sobria compañera del aymara", como diría el poeta. Uno que otro morador de la meseta se desplazaba de un lado a otro, impasible, impertérrito como doliente saldo de una vieja tribu nómada que por ahí hubiese periclitado.

Podía notarse pequeños sembradíos de quinua y cañahua. Un pequeño rebaño de ovejas que llevaban prendidas en la lana a medio lomo cintas rojas, revelaban que habían sido llevadas a alguna feria. De vez en cuando y siempre fuera de ruta, entre yaretales, uno que otro aborigen como una esflinge en bicicleta, apuraba acompansadamente su salida o llegada a su "marca". Nunca estaba suelto ni siquiera de cuerpo; un pesado bulto a la espalda cuando no un cordero vivo, otro en la parrilla y por lo general una mujer prendida a la cintura del infatigable ciclista capaz de pedalear las 24 horas del día, era el espectáculo corriente de la pampa orureña.

Después, nada; y este altiplano parecía no tener confines. La resolana nos daba de lleno en el parabrisas con un espejismo que nos causaba la sensación de estar contemplando el ausente mar. Horas de recorrido por una vasta extensión llana como una mesa envuelta en un aire transparente, limpio y seco. Eran horas de canícula insoportable. De pronto, un olor de algo que quema; el chofer detiene el carro, baja de él, levanta el capot y con terrosa mirada nos dice:

-¡Se fregó todo doctor...! No hay aceite, se han fundido las bielas...

-¡Pero, si es carro nuevo y no puede ser...! -exclamó confuso mi acompañante.

-Si, doctor, pero se había roto el caño y hemos echado aceite en todo el trayecto -se apresuró a justificar el confiado chofer que, para mal de nuestros pesares no conocía el camino ya que estábamos en distinta ruta que la seguida por la caravana. Nuestra situación no podía ser más comprometida.

-Iré doctor a buscar auxilio -y se encaminó al azar por la arenosa huella. No lo vimos sino después de una semana. Como lo supusimos, se extravió el cazurro este yendo a parar a la frontera chilena.

A los lados del arenoso camino se extendían los tolares ofreciendo un grandioso panorama tornándose en un paisaje de impresionante vastedad y de aplanadora soledad. Esta estoica vegetación se agrandaba hacia las primeras estribaciones de la cordillera donde comienzan las enormes arrugas en el lomo de la montaña, formando un compacto bosque del cual oír decir a alguien

que se puede extraer más y mejor azúcar que de Guabirá, además de ser un parque natural de extraordinario potencial económico.

En la cabina estábamos sofocadísimos. Ni una brisa, ni el más leve vientecillo, todo era resolana y los ojos comenzaban a arder por efecto de la arena calcinada que parecía haber dejado todo el rescoldo.

Serían las 5 de la tarde. Uno de esos atardeceres en que ni los pájaros levantan vuelo en el altiplano cuando Febo exhala su aliento abrasador.

-Bajemos a buscar algo -sugerí en mi impaciencia. Así lo hicimos y caminamos unos treinta metros en medio del tolar un tanto raleado con motas de yareta amarillenta y reseca que podía arder como yesca al contacto de la menor chispa. La arena nos quemaba el rostro por la resolana y la sed dejábase ya sentir. Ni la menor previsión para conjurarla. ¿Qué hacer...? De improviso divisé en medio del tolar y por donde parecía ser una senda, un promontorio como un balón de gran tamaño, de un gris terroso y manchas verdes que me pareció que se movía.

-¡Mira aquello -me dijo mi acompañante que también había observado el raro bulto que positivamente se movía, y sin más ni más les asestó un puntaplé como un niño cualquiera pateando en la calle una lata vacía o un pedazo de trapo.

¡Maldición...!, había sido un rimer de lagartos en celo que estaban ensartados entre sí aferrados a su instinto de fecundación. Era un espeluznante partenogénesis de lagartos que calculé como cien o más, grandotes y aglutinados por algo viscoso que despelotaronse en el acto para arremeter contra nosotros con las fauces abiertas mostrando una fulmínea lengüecilla.

Fue horrible el pánico. Llamándonos mutuamente a grandes gritos corrimos, ¡qué digol, volamos hacia la camioneta para caer en ella cual temblorosos fardos con más de un hematoma en codos y rodillas.

Los furiosos reptiles mordían y se crispaban en las llantas y hasta trepaban por ellas. Los ahuyentamos blandiendo cualquier cosa. Tratar de introducirnos en la cabina, habría sido exponernos a la agresividad de estos repelentes bichos en celosa furia, porque con el terror que nos gastábamos ninguno hubiera atinado a meterse en ella.

Poco después todo quedó en calma, menos la tensión nerviosa en que mi docto compañero de aventura y yo quedamos encerrados en la cabina. Me invadía tal temor de que volvieran a la carga las "lagartas ofendidas", que hasta llegué a pensar que lo que harían los machos. Estábamos absortos por la dramática experiencia y sin poder disimular nuestra ansiedad, observábamos furtivamente el suelo en dirección del sitio de los lagartos.

Ya al filo de la noche apareció por fortuna un camión, cuyo dueño se dedicaba a la tala de los tolares. Comprendió nuestra situación, se condolió de ella y nos felicitó de que la cosa hubiera quedado ahí nomás, ya que, -según nos lo dijo- estos ataques de lagartos en celo habían hecho ya muchas víctimas, aún con gentes que no tenían aprestos de futbolistas como mi respetable y culto amigo desfacedor de entuertos lagarterinos...

Desde entonces me digo siempre que en Oruro hay que temer dos cosas: La canícula de sus tolares y sus lagartos... en celo.